

Habitar el mundo: *ciudadanía cultural y migración juvenil. Notas para una discusión desde la cultura*

Gerardo León Barrios*

La migración juvenil se ha convertido una expresión sociocultural que caracteriza nuestra época. Este artículo busca tejer algunos puntos de discusión sobre el reto de estudiar, desde las Ciencias Sociales, este fenómeno. Se coloca en el centro del debate la categoría de ciudadanía cultural como articulación analítica en el plano de lo simbólico sobre las formas de agencia del actor joven en la vida moderna.

The youth migration has become a sociocultural expression that characterizes our time. This article points out a discussion on the studying of this phenomenon from the Social Sciences. The category of cultural citizenship is put on the center of the debate as analytic articulation at the symbolic level on the forms of the young actor's agency in the modern life.

* Mexicano. Académico de la Facultad de Comunicación de la Universidad Autónoma de Baja California, Campus Tijuana.
yayoleon@lycos.com

*En los paisajes migrantes de las culturas metropolitanas
contemporáneas, des-territorializadas y
des-colonizadas, que
re-colocan, re-citan y re-presentan signos comunes en los circuitos entre
el discurso, la imagen y el olvido, se articula una lucha constante por
el sentido y la historia.*

*Se trata de una historia que continuamente se descompone y
recompone en el cruce entre aquello que hemos heredado y el lugar
donde nos encontramos.*

Iain Chambers, Migración, cultura, identidad

El siglo XX quedó innegablemente marcado por una serie de dinámicas sociales que hablan de las muchas contradicciones de la vida moderna. Las exclusiones y desigualdades sociales, las diversidades culturales y la polifonía de identidades, la relación sujeto-mundo detonada en gran medida por la industria cultural y nuevas tecnologías, la reorganización de las concepciones del mundo y los flujos migratorios o diásporas, se han dibujado en el mapa del análisis sociocultural como procesos que un modelo neoliberal ha hecho característicos de la vida social contemporánea.

Iniciado el siglo XXI, las postales de la migración anuncian, cada vez con un énfasis mayor, que vivimos en un mundo social que ve cómo se desvanecen los derechos —tradicionalmente provistos por los Estados nacionales— como el aseguramiento, la participación y el bienestar social en tiempo y espacio; y emergen y se expanden, por el contrario, diversas formas participación social y cultural revirtiendo las insuficiencias (sociales, políticas, civiles y culturales) con el objeto de construir escenarios “posibles” que permitan el reconocimiento, la incorporación y la viabilidad de “imaginar un futuro” inmediato para actuar en él.

Así, la migración juvenil protagoniza, en América Latina y el mundo, uno de los fenómenos socioculturales que requieren nuevas formas de estudiar y comprender desde las Ciencias Sociales, replanteando los retos epistemológicos, teóricos y metodológicos que nos acerque a una mirada aguda y profunda sobre el sentido de actuar en la vida social a través de una forma de practicar la ciudadanía y entender su dimensión cultural; asumimos, por lo tanto, que la migración juvenil es una condición compleja de nuestros tiempos, y en la que el sujeto “joven” pone en el escenario sociocultural estrategias concretas desde sus matrices culturales. Bajo este escenario, el presente escrito busca tejer algunos puntos de discusión que den cuenta, en un primer plano, de los desafíos que enfrentan las ciencias sociales para analizar la vida moderna; partiendo de esto, en un segundo nivel proponer el estudio de la migración juvenil desde la categoría de ciudadanía cultural como articulación analítica que nos coloca en el entendimiento de nuevas formas de agencia del actor joven.

I. Interdisciplinariedad desde la teoría social para el análisis de la cultura: el reto latinoamericano

Mucho se ha debatido sobre la posición científica que deben establecer las Ciencias Sociales en este inminente cambio de época, y sobre todo en lo referente a transformaciones estructurales que devienen transformaciones en la capacidad de acción del sujeto. Por ello se hace fundamental la pregunta ¿dónde inscribir los estudios sobre migración juvenil desde su densidad cultural? Un primer horizonte interpretativo, puede encontrarse en la propuesta de análisis interdisciplinario en el plano sociocultural que se viene generando en América Latina.

Hablamos de re-pensar las Ciencias Sociales enfrentando la llamada “crisis de paradigmas”, provocado por la modificación de la vida social, alterada por el elemento histórico hoy conocido como globalización.

Este desafío “contemporáneo” contempla tomar distancia de instalarse radicalmente en uno de los dos polos de la tarea científica como lo anuncia el estado del conocimiento de las ciencias sociales. El que recurre a los clásicos del pensamiento social desde una visión conservadora. El otro, los analistas sociales que apuestan al futuro, percibiendo cambios sociales y una necesaria “revolución epistemológica”. La apuesta es, entonces, reformular urgentemente un programa científico de análisis social, que no sea ni un total regreso al pasado, ni un optimismo con visión de futuro. [Ortíz, 1999]. Es necesario, por lo tanto, desplegar habilidades epistemológicas, teóricas y metodológicas que se desmarquen de las “especializaciones” y generar, desde estos saberes “disciplinarios”, insumos heurísticos a partir de los cuales se puedan abordar las preguntas en el ámbito sociocultural de nuestros tiempos.

De manera complementaria, otro de los retos es el de re-situar las nuevas concepciones sobre el tiempo-espacio. En el análisis social se hace necesario examinar los usos diferenciados y desnivelados que siguen los procesos sociales de hoy en términos de territorio en un tiempo determinado. Si tenemos como telón de fondo que fue entre la 2ª guerra mundial y la Guerra Fría, fue cuando las concepciones de espacio fueron severamente dislocadas, lo que ha suscitado, por ejemplo, que se compartan significados semejantes desde comunidades lejanas, y que las concepciones del mundo y sobre su actuar en él sean completamente diferenciadas. [Ianni, 1998].

Una huella de esto son los complejos procesos de migración, al hacerse visibles como formas de acción que llevan a cabo miles de

jóvenes latinoamericanos que salen de sus lugares de origen con la idea de buscar un escenario plausible para mejores condiciones de vida, y donde esas nuevas concepciones sobre las opciones de vida ya no tienen un anclaje territorial ni un tiempo definido. ¿Qué pasa, entonces, con el tiempo y con el espacio en las dimensiones globales y locales en las que operan procesos complejos como la migración?

Un tercer elemento para enfrentar los desafíos del nuevo mundo se ubica en la recuperación “estratégica” del estudio de la cultura para comprender procesos migratorios en su dimensión simbólica. Esto es, poner en el centro del debate del pensamiento social un marco interpretativo que nos permita comprender procesos sociales desde los “esquemas de percepción de la realidad”, para comprender así esquemas de acción sobre esa realidad; si bien esta dimensión contiene información fundamental de lo que acontece a nivel de las estructuras, también nos coloca en el entendimiento de los sujetos desde su propia acción.

Apelamos, por lo tanto, al marco interpretativo de la cultura desde el paradigma de la cultura interiorizada, si bien nos parece un presupuesto analítico pertinente con el cual es posible comprender dimensiones y prácticas sociales concretas, hechas esquemas de percepción “subjetivizados” que orientan la acción y la valoración, haciendo referencia a la perspectiva de las representaciones sociales. [Giménez, 1999].

La dimensión interiorizada de la cultura, o bien, las representaciones sociales, son un “conjunto de informaciones, creencias, opiniones y actitudes a propósito de un objeto determinado” que son una forma de “conocimiento socialmente elaborado y compartido, que tiene una intencionalidad práctica y contribuye a la construcción de una realidad común a un conjunto social”, es por tanto que conocer lo social en la representación nos deja entrever intersticios de

la vida social que implican, en el caso concreto de la migración, reconocer la sensibilidad de los sujetos jóvenes que viven el proceso migratorio [Jodelet, 1986].

El replanteamiento de estos 3 retos, superación de los saberes especializados o interdisciplinariedad, reubicación de la noción del tiempo y el espacio, así como la recuperación estratégica del estudio de la cultura, nos sitúan en una plataforma teórico-metodológica que podría dar claridades en el entendimiento del fenómeno migratorio que, en la última década, vienen protagonizando los jóvenes en América Latina.

II. La ciudadanía, un marco de análisis

Como parte del proyecto de modernidad impulsado en el siglo XIX y materializado en el XX, la construcción de un proyecto de Estado-nación universal se vio en la necesidad de dar cabida al nuevo tipo de sujeto social para el cual gobernaba. La manera de construir una relación gobernantes-gobernados se diseñó bajo el concepto de ciudadanía, cubierto por acepciones relacionadas a un mundo civilizado y desarrollado, de orden y justicia social para todos los seres humanos que se inscribieran al proyecto civilizatorio universal.

De manera imprescindible, la política se encontraba ligada a la manera de entender y ejercer los derechos como “ciudadanos”, regulados y sancionados por el Estado-nación. La versión occidentalizada de modernidad, así, buscaba igualar a todos los hombres bajo la abstracción “ciudadanos”. Pero la pretensión de “civilizar” a los seres humanos con la idea de conferirle derechos universales marcó, por sí misma, su propia contradicción, pues “hacer” ciudadanos implicaba “hacer” seres humanos “iguales”. Lo cual, trajo consecuencias socioculturales muy serias como lo ha venido mostrando el vector

histórico, expresadas en marginalidad, desigualdad y diferencias con huellas indelebiles en la vida social. La ciudadanía como concepto universal fue tan sólo un proyecto de los Estados-nación puramente normativo, formal y elitista, hoy en día retórico y lo suficientemente excluyente, provocando marcadas diferencias de los privilegiados “ciudadanos” sobre los que no logran completar lo requisitos “normativos” para ser “no ciudadanos”.

En Estados Unidos, por ejemplo, el país que se ha erigido como el modelo de Estado-nación moderno, la ciudadanía se sustenta en la Constitución Nacional, la cual dice que “todos son iguales” en la medida que son “ciudadanos”, sin hacer distinción de clase, género; pero, con el ingrediente de la superioridad de raza: los blancos sobre las étnias de otro color.

El sociólogo T.H. Marshall sometiendo a una seria discusión la creación del estatus de “ciudadano”, en la cual cada hombre debe ser igual, nos hacer ver la manera como la “sociedad democrática industrial moderna” ha trabado una severa tensión entre igualdad y desigualdad, a partir de la manera de poner en operación el concepto que define al habitante de dicha nación. Para Marshall, la ciudadanía es una concepción política pantanosa que se ha vuelto, en la mayoría de los aspectos, “el arquitecto de desigualdad social legítima” en la puesta en práctica de sus tres definiciones.

La ciudadanía civil, constituida por los derechos necesarios de la libertad individual (libertad de la persona, la libertad de palabra, pensamiento y fe, el derecho para poseer propiedad y concluir contratos válidos y el derecho a la justicia); concepción de igualdad ante los demás en el ejercicio de los derechos civiles en la justicia. El segundo modelo es de tinte político, que se refiere al derecho de participar en el ejercicio del poder político, un elector que tiene derecho al sufragio, el voto es entendido como participación

en el orden político. La ciudadanía política, entiende Marshall, fue precedida por el desarrollo industrial, cuando se manifestó la representación de obreros dentro de las fábricas por los sindicatos. El tercer tipo de ciudadanía de carácter social, confiriendo el derecho al bienestar social “heredado” por la misma sociedad, tener acceso a una pizca de bienestar económico y la seguridad, a la porción correcta para compartir la herencia social y para vivir la vida de un ser civilizado según las normas que prevalecen en la sociedad, por ejemplo, poder ingresar al sistema educativo y a los servicios sociales (social security). [1965].

La discusión se torna más compleja por sus condiciones socio-históricas cuando hablamos de México. La práctica de la ciudadanía en nuestro país, por ejemplo, fue más accidentada, si bien ya entrado el siglo XVIII, cuando otros países discutían la noción de sus gobernados, el panorama era sumamente conflictivo. Las condiciones políticas y económicas sufrían altibajos severos por reordenamiento político, económico y social. La noción de Estadonación se erigía en tanto se disputaba el poder. La ciudadanía era un imaginario, pues no había relación con la Constitución y las condiciones sociales reales en las que se vivía para esos tiempos. La necesidad de “hacer ciudadanos” era imposible por las enormes diferencias y jerarquías sociales, además de las geográficas, mientras que conservadores y liberales se disputaban el poder, los derechos políticos y acceso al voto eran terreno de “moral cívica y la participación de unos cuantos”. [Escalante, 1992] Esta situación fue escenario proclive para la discriminación y la marginalidad que sigue caracterizando México.

En nuestros contextos Latinoamericanos vemos que el Estado se ha desgastado frente a la transversalidad con que la globalización da sentido a las formas de organización social. De esta manera, se ha erosionado el proyecto civilizatorio dejando incompleto

su definición de ciudadanía, que fue en la práctica también “imaginada”.

Los estados nacionales se ven incapaces de atender demandas desde lo civil, político y social, así como formas de vida que tienen expresión y voz multicultural. El movimiento de “desterritorialización” también ha transformado a la política [Ortiz, 1998], perdiendo espacios de incidencia en la sociedad y donde la globalización y sus instituciones se encargan de reorganizar simbólicamente y materialmente muchos aspectos de las prácticas sociales.

Las formas de participación y acción social empiezan, cada día con más vigor, a tomar un sentido distinto cuando el actor joven escenifica diversas formas —tanto de orden material como de orden simbólico— para actuar en la vida social.

III. La ciudadanía cultural. Apuesta por la interpretación de la migración juvenil.

Las dimensiones conceptuales básicas sobre las cuales se soporta la noción de ciudadanía que hemos esquematizado en el apartado anterior (político, social y civil) son hoy limitadas para el análisis sociocultural, si bien el actor social lo entendemos como lo suficientemente capaz de expresar y poner en acción una serie de destrezas y habilidades durante su vida en este mundo, más allá de derechos civiles, políticos o sociales, que no dan cuenta de la búsqueda para satisfacer necesidades simbólicas en el actor social.

A partir de esta discusión, proponemos pensar a la ciudadanía cultural como categoría central en el análisis de la migración, en tanto que nos permite reubicar las dimensiones social, política y

civil, como aspectos excluyentes que construyeron una relación circunscrita a las entidades Estado-sujeto; cuando la ciudadanía ya no se arraiga a un espacio definido o a un solo tipo de institución; más bien, se practica desde las demandas concretas, por la gestión misma de los sujetos al poner en práctica soluciones por diferentes estrategias.

Desde el planteamiento sociocultural, el análisis de la ciudadanía se entiende como un “proceso cultural” que da la posibilidad de “pertenecer” a los que han estado en diferentes niveles de exclusión, pero es también un recurso analítico que nos aproxima al significado que nutre a diferentes grupos sobre la resolución de los derechos de reconocimiento que, al exigir y buscar pertenecer se “piden los derechos de género, de clase, de edad, sexuales, raciales y migratorios” [Rosaldo, 2000]. Cabe apuntar, de igual modo, que en el ejercicio de la ciudadanía cultural los sujetos no solo tienen como interlocutor al Estado para practicar sus derechos culturales, sino que también se construyen de “ciudadano a ciudadano”, en escenarios donde se intenta encontrar el “reconocimiento”, el sentido de pertenencia a la sociedad expresando las diferencias frente al otro como indígena, mujer, desempleado, joven o migrante.

En el marco de esta plataforma, podemos entender que la ciudadanía se pone en escena en el uso de territorios y espacios con prácticas sociales concretas y diversas, prácticas que los sujetos llevan a cabo desde sus “matrices culturales” [Martín-Barbero, 1987] como dispositivos de resistencia social y diferenciación social. El “lugar” de acogida se convierte, por tanto, en el espacio público en el que se ejerce la apropiación simbólica del territorio, misma que confecciona el entramado sociocultural definiendo y dibujando las condiciones de vida social. La reapropiación territorial, a manera de prácticas de espacio, es elemento constitutivo de las culturas

juveniles, pues es la “invención del territorio” y su concepción del mundo a partir del cual se genera la “reorganización geopolítica del mundo” expresada en la apropiación y el diseño de nuevos espacios y estrategias puestas en práctica. [De Certeau, 1997, Reguillo 2000a].

Si miramos a la migración como una forma de poner en acción percepciones del mundo que se vive, el tránsito que hay de un desarraigo territorial y cultural a un proceso de adaptación sociocultural que experimenta un migrante, por ejemplo, se debe entender como una forma genuina de escenificar el derecho cultural a buscar cumplir con un imaginario de futuro y también a reconocerse frente a otros con los que se encuentra, y con los cuales se tiene que aprender a convivir, esto es, el ejercicio de la ciudadanía cultural. Este proceso, en cualquiera de sus patrones (intrarregional o extrarregional) es complejo e importante en términos del sentido que se le construye a formas de hacer valer el derecho a buscar nuevas formas de vida enfrentando “extrañamiento”, una “costosa adquisición de derechos en la nueva sociedad”, y en lucha simbólica frente a “la escisión entre formas de pertenencia cultural, jurídico-política y laboral” [García Canclini, 1999], que dramatizan la experiencia juvenil migrante al sentirse sujeto en un nuevo espacio o en diferentes territorios.

Notas finales

Si la globalización hace la tarea de reproducir ideas y prácticas en casi todos los rincones del mundo, las dinámicas socioculturales como la migración juvenil contradicen el slogan homogenizante, y nos dice que más allá de los flujos globales, están las lógicas de reconfiguración sociocultural que emergen como prácticas legítimas, maneras de accionar imaginarios de futuro y las percepciones del mundo que se habita ante las atmósferas de incertidumbre.

Esto ha vuelto más complejo las formas en que se concibe lo local, lo regional, y pone en serios cuestionamientos las formas tradicionales de concebir la ciudadanía.

Es en este aspecto donde se hace válida la pregunta de cómo entender y analizar la migración juvenil desde la perspectiva cultural, es decir, en buscar comprender el sentido de cómo se asumen como ciudadanos en escenarios específicos los jóvenes que migran, tomando en cuenta que los profundos cambios en las sociedades contemporáneas están reconfigurados por la percepción del espacio y del tiempo que marca el futuro. Las expresiones juveniles, según los datos ya citados, no son ajenos a estas transformaciones y sus maneras de intervenir y participar en los escenarios contemporáneos anuncian el enfrentamiento desde una “invención de territorios” más allá del espacio inmediato para re-crear otro escenario (tanto físico, social, como simbólico), en donde tenga cabida el enfrentamiento a exclusiones y construir ámbitos concretos de materialización del imaginario de futuro.

La migración juvenil es un tema urgente por repensar y analizar en el plano de lo simbólico, que apela a la idea de que los jóvenes no los podemos entender al margen de la Sociedad con mayúscula; a partir de esto, el fenómeno migratorio en actores jóvenes implica interpretar una forma de expresar y practicar la ciudadanía cultural como una concepción activa que se define en el hacer [Reguillo, 2000b] y que, ante la incertidumbre, es capaz de generar nuevos escenarios de participación social y “reconocimiento” desde su condición juvenil ante dos rasgos definitorios de este inicio de siglo, como lo es la transformación de las formas de ciudadanía y la transformación en la percepción y concepción del espacio y del tiempo.

De acuerdo con José Manuel Valenzuela [2002] proponemos un reenfoque del objeto de estudio como lo es la migración juvenil, complementario a los “marcos de interpretación” más relevantes en las ciencias sociales, con el interés de poner en diálogo —desde el contexto latinoamericano— el enfoque sociocultural tanto en lo teórico como en lo metodológico de este signo característico de nuestro tiempos.

Referencias bibliográficas

DE CERTEAU, Michel (1996). *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. ITESO, UIA, CFEMC, México.

ESCALANTE, Fernando (1992). *Ciudadanos imaginarios*, El Colegio de México, México, 1999.

GARCÍA Canclini, Néstor (1998). *La globalización imaginada*. Paidós, México.

GIMÉNEZ, Gilberto (1999). “La importancia estratégica de los estudios culturales en el campo de las ciencias sociales”. De REGUILLO Y FUENTES (coords.), *Pensar las ciencias sociales hoy*. ITESO, Guadalajara.

IANNI, Octavio (1998). *La sociedad global. Siglo XXI*, México.

MARSHALL, T. H. (1965) *Class, citizenship and social development*. Anchor Books, New York.

MARTÍN-BARBERO, Jesús (1987). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura, hegemonía*. Gustavo Gili, México, 1991.

ORTIZ, Renato (1998). *Otro territorio*. Convenio Andrés Bello, Bogotá.

ORTIZ, Renato (1999). “Ciencias sociales, globalización y paradigmas”. De REGUILLO Y FUENTES (coords.), *Pensar las ciencias sociales hoy*. ITESO, Guadalajara.

REGUILLO, Rossana (2000). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Editorial Norma, Argentina.

REGUILLO, Rossana (2000). Cuatro ensayos de comunicación y cultura para pensar lo contemporáneo. Conferencia inaugural de la Maestría en Comunicación con Especialidad en Difusión de la Ciencia y la Cultura. UIA-León/ITESO, México.

ROSALDO, Renato (2000). "La pertenencia no es un lujo: procesos de ciudadanía cultural dentro de una sociedad multicultural". En *Desacatos #3*, CIESAS, México.

VALENZUELA, José Manuel (2002). "De migras y migraciones. Diásporas, migraciones y nación (latino) americana". En García Canclini, Néstor (coord.) *Iberoamérica 2002. Diagnóstico y propuestas para el desarrollo cultural*. OEI y Santillana, México.